

lla alma que contenía, como la de Sócrates, la belleza suprema. La naturaleza, que frecuentemente se complace en las analogías entre el espíritu y la forma, gusta algunas veces de los contrastes: misteriosa en todo, adorable en todo. Sin embargo, el fisonomista que descifra con inteligencia el jeroglífico del semblante humano, puede aquí penetrar fácilmente el misterio. El hombre de genio puramente literario, cuyo trabajo es sentir, pensar y reproducir sus sentimientos é ideas por la palabra, puede reconcentrar todas sus facultades intelectuales en el desconocido asiento de la inteligencia, y ofrecer á los ojos, en su rostro, el lúcido y casi inmaterial espejo de su pensamiento: frecuentemente la delicadeza é inmaterialidad de su cuerpo atestiguan la fuerza de su alma: la naturaleza es poco para él, y cuanto más se emancipa su inteligencia, más espiritual es. Pero el artista que maneja el sillar y talla el marmol participa á la vez del espíritu y de la manera, del poeta y del artesano. Dios le dá en su estructura y en su rostro algo de la masa y del peso de sus piedras, y la fuerza que el filósofo ó el poeta solamente necesitan en los órganos del pensamiento, el escultor debe tenerla repartida en todos los miembros, desde la frente que concibe, hasta el brazo que mueve, y la mano que labra el mármol.

Esta es, sin duda, la explicacion de los dos bustos de Sócrates y Séneca, encontrándose en ella la razon de su rusticidad de formas: maniobras sublimes del brazo omnipotente, para hacer brotar de la materia rebelde la impalpable é inmaterial belleza.

## BERNARDO DE PALISSY.

### §.

«Mis numerosos años me han excitado al atrevimiento de decirlos que un dia de éstos, viendo el color de mi barba, pensaba en los pocos dias que me quedan para terminar mi carrera, y esta idea hacíame admirar los lirios y trigos de los campos y muchas especies de plantas que cambian en blancos sus verdes colores cuando van á dar sus frutos. Muchos árboles se apresuran á florecer cuando sienten que va á cesar su virtud vegetativa y natural... Justo y razonable es que cada cual se esfuerce por multiplicar el talento que ha recibido de Dios... Por cuya razon yo me he esforzado en dar á luz las cosas que Dios se ha dignado hacerme comprender, á fin de ser útil á la posteridad.»

Así se expresa un pobre alfarero, llegado á los noventa años, en el prefacio de los escritos y diálogos consigo mismo, donde se ocupa de su oficio, de sus miserias y de su vida, para consuelo suyo y estímulo de los demas. Parece una página de las confesiones de San Agustin ó de Juan Jacobo Rousseau; parece un filósofo, un escritor, un genio de

corazon y de estilo. El escritor, el filósofo, el sabio es un obrero, envejecido entre su horno y sus pucheros y con las manos arrugadas por la arcilla que ha manejado toda su vida. Estudiando á este hombre insignificante, se comprende que la grandeza no está en la condicion, sino en el alma.

..

Se llamaba Bernardo de Palissy. De jóven amasaba la tierra y cocia tejas en el tejat de su padre, en la aldea de la Chapelle-Biron, en el Perigord. Pero la pasion de hacer bien lo que se hace, que conduce al hombre reflexivo á hacer mejor lo que ve hacer, y acaba por darle dominio de todos los descubrimientos en los trabajos del espíritu ó de la mano, atormentaba á aquel jóven. Manejando la tierra grosera y contemplando la teja endurecida, enrojecida, trasformada por el fuego del horno, pensaba en las formas, en los relieves, en las asas, en los adornos, en las figuras de los vasos, modelados ya en su pensamiento, en la pasta y en el esmalte con que habia de colorear un dia sus obras maestras de alfarería.

El oficio de alfarero, es decir, el oficio de amasar, dar forma y cocer la tierra al sol ó al fuego, es uno de los primeros del hombre. La tierra humedecida, en que el pié deja su huella, se mostró naturalmente por sí misma, como un elemento preparado para el uso ó la industria de los primeros habitantes del globo.

Los vasos, las copas para contener los líquidos de que necesita la sed, desde que el hombre dejó de beber en el manantial como los ganados, reem-

plazaron á la cavidad de la mano, que acercaba la bebida á los labios. La alfarería más perfeccionada, destinada á la coccion de los alimentos, debió seguir de cerca á la invencion del fuego. Desde la primera jarra de arcilla, ó desde la primera copa de tierra hasta la pasta coloreada de los vasos etruscos, ó las porcelanas esmaltadas de la China ó del Japon, y hasta las pinturas indelebles, incrustadas por la llama en los costados de las ánforas de Sevres, se puede medir toda la inmensa escala que separa el rudo oficio del arte exquisito... La más remota antigüedad nos manifiesta que este oficio empleaba innumerables manos. Babel era una montaña de ladrillos.

Moisés libertó á su pueblo de los egipcios porque no daban á los hebreos, condenados á este trabajo servil, toda la paja necesaria para liar los ladrillos que construian para las pirámides.

Los griegos, que no tenían en el fondo más culto que la adoracion de lo bello, en todas líneas y bajo todas las formas, y que se resúmen en Platon, el adorador de la idea, estimaban en tanto el arte, en apariencia vulgar, del alfarero, que erigieron estatuas y acuñaron medallas en honor de los primeros que habian trabajado la arcilla. Coræbus de Atenas, inventor de la alfarería; Dibutades de Sicione, inventor de la tierra cocida al fuego; Talo, inventor de los tornos con que se redondeaban los piés de los vasos, deben su fama á este oficio. El mismo Fidias, el divino escultor, dió modelos de copas á los alfareros de su tiempo.

Hubo sin duda en este género obras maestras en Grecia; pero el tiempo, las convulsiones sociales, las invasiones, los incendios, las destruyeron. Han vuelto á la tierra de donde han salido. Los únicos

monumentos usuales de la alfarería conservados han sido descubiertos en las tumbas; los sepulcros son los mejores guardianes de todas las cosas.

Los etruscos, pueblo que habitaba la Etruria, hoy Toscana, llevaron este arte á tal perfeccion y multiplicaron de tal modo los vasos, las copas, las ánforas y las urnas cinerarias, que el suelo en que vivieron las vuelve todavía hoy por millares en las excavaciones, y no parece sino que aquel pueblo, que proveía de tierras cocidas á todas las naciones, era una nacion de alfareros.

Los romanos los imitaron sin igualarlos. Todavía se enseña en las puertas de Roma un montecillo artificial, llamado el *Testaccio*, formado enteramente por los desperdicios de la alfarería romana, cuyos fragmentos eran arrojados en montones en aquel sitio, como para ser testimonio en lo venidero de la inmensidad de la capital de aquel pueblo y de la eternidad de su duracion.

A la caída del imperio romano, el arte de amasar, de modelar, adornar, esculpir, barnizar y pintar la tierra cocida desapareció con todos los demas. El cristianismo al principio rechazaba las artes demasiado ligadas con la idolatría. Templos, estatuas, urnas, vasos, copas profanas, todo lo proscribió para volver á crear un mundo nuevo. Los griegos de Bizancio fueron los únicos que conservaron por tradicion algunos procedimientos de esta industria de sus padres; los ejercian en Damasco, la primera entre las ciudades manufactureras del Oriente, cuyos vasos, barnizados y pintados, circularon por el mundo como un lujo regio. Aquellas tierras cocidas eran, sin embargo, groseras y sin gracia; se advierte en ellas decadencia de una industria perdida

Pero mientras el Occidente creaba, perdía y se esforzaba para recobrar la alfarería, el viejo Oriente fabricaba sin que la Europa lo supiese, desde hace millares de años, las porcelanas transparentes pintadas y coloreadas, lujo secular de los chinos y de los japoneses.

Habia llegado á tal perfeccion de pasta, de formas y de colores en esta industria, que apenas podemos rivalizar con ellos imitándolos, y si se tomara por medida de la civilizacion material la prioridad del arte de dar formas á la arcilla, habria que humillar al Occidente ante el Oriente. Los anales más remotos de la China han perdido hasta la fecha de la antigüedad de las porcelanas.

Hay misterios de antigüedad en una taza de té ó en una figura de dios ó de diosa del Celeste Imperio. Los primeros geógrafos árabes que hablan de la China, apenas entrevista hace mil años por los navegantes de los mares de la India, refieren que en las ciudades de aquel imperio maravilloso «no hay ningun arte más estimado que el de alfarero y dibujador de paisajes sobre porcelana, que inundan la India, la Persia y la Arabia con vasos de tierra transparentes, de inimitable belleza, y que algunos millones de hombres no tienen más ocupacion ni otra gloria, desde tiempos inmemoriales, que fabricar la porcelana... El Japon sobrepuja á los chinos en un barniz que se llama laca, y que se desprende de un árbol cuya corteza se raja en la primavera para recoger la savia en conchitas. Despues se deseca sobre hilos de algodón; se oprime entre piedras apretadas; se deja en fusion en aceites purificados; se extiende y se pule hasta que tiene el brillo de cristal. Entónces se pinta este barniz con figuras ó flores de oro, y se cubre la pintura con otro

barniz trasparente que desafia á la accion de la llama.

Las formas de estos vasos, las figuras, las esculturas y las pinturas que los adornan manifiestan imaginacion, gusto, gracia, ingenio y habilidad en las manos, así como la pasta de que están hechos, invencion y paciencia. Las asas de las tazas son unas veces arbustos cubiertos de follaje, otras animales, cariátides animadas cuyas patas sostienen los costados y cuya cola se enrosca en el pié de la copa. Ora es una gata y su cria, recostadas sobre una roca hendida, cuya cavidad contiene aguas ó perfume líquido. Ora un mendigo que canta para implorar la compasion y la gota de té que caerá del vaso en la mano del hombre acomodado; ora un pájaro acostado, cuyo pico destila el líquido, ó una mujer rodeada de sus hijos, en medio de frutos y hojas; un mono jugando con una naranja que se escapa de sus dedos; una taza, en forma de flor entreabierta, cuyo tallo es el asa, ó un viejo parecido á Tántalo, que eleva la cabeza al borde de la copa, cuya agua se desborda sin caer nunca sobre sus labios, ú otros mil caprichos de adorno, que hacen de un aparador del Japon ó de la China un verdadero museo de arte y de imaginacion, en que todos los caprichos de la naturaleza están reproducidos en porcelana. ¡Cuántos siglos se han necesitado para que un oficio tan vulgar en apariencia llegase á ser el lujo y la industria principal de tantos millones de hombres!

Estas maravillas del Oriente eran todavía desconocidas para el Occidente en el siglo xiv. El barro barnizado se presentó por primera vez en los pavimentos de la Alhambra de Granada y en las mezquitas de los moros en España. La Arabia es la que

introduce este arte en la Europa. Hasta un siglo más tarde no se dió á conocer el famoso Lucca della Robie, el Palissy toscano, por sus trabajos de alfarería esmaltada en Italia. Escultor de tierras cocidas, llegó, despues de tareas oscuras, á dar color y barniz á sus grupos de esmalte blanco, impermeable á los elementos que roen la arcilla.

Las ciudades industriales de Florencia y Faenza le debieron su exportacion y su renombre. La pintura se apoderó en seguida de aquel esmalte como de un lienzo imperecedero, y los cuadros de los más grandes maestros fueron copiados, calcinados y perpetuados en estas placas de arcilla. La escultura quiso rivalizar con la pintura, y agrupó sus estatuas y sus bajos-relieves alrededor de los vasos, de las copas y de los platos de la arcilla endurecida.

### III.

El arte del alfarero encontrábase en este estado cuando Bernardo de Palissy fabricaba sus tejas, sus ladrillos y sus vasijas para contener el agua, el vino y el aceite en su tejlar. ¡Pero qué podia saber de estos secretos del artista el pobre trabajador, ignorante, sin modelos, sin libros y sin guías, en una cabaña de campesinos tan rudos como él, en medio de los pantanos y de los bosques de la Saintonge! Y sin embargo, el arte que se dedicó en todas partes al culto de los dioses, como si quisiera volver á su origen y divinizarse á sí mismo mezclándose con las cosas santas, se presentó al jóven alfarero á traves de todos los esplendores de los dibujos góticos de los cristales pintados de su iglesia.

Comprendió que el cristal, que dejaba pasar los rayos del sol hasta el templo y que incrustaba las maravillosas escenas de la Biblia y del Evangelio, no era más que una tierra y una arena más amasadas por la mano del hombre, más endurecidas por el fuego y que han adquirido la transparencia del cristal de roca por procedimientos que parecen una magia del trabajador. Desde aquel día la tierra que manejaba tan bien le pareció fango; en su imaginación se presentó una magia que imitar y otras que describir. Dejó el tejar de su padre y empezó su aprendizaje en los talleres de artistas vidrieros, asemejados entónces con la nobleza por la ciencia y la dignidad de su oficio.

El arte de la vidriería no consistía solamente en formar el cristal, sino en recortarle para los dibujos de la ojiva de las catedrales ó de las capillas, y cubrirle con pinturas que representaban los paisajes, los animales, los personajes, los misterios del cielo cristiano. Los cristales eran el poema de la vista para el pueblo que frecuentaba las iglesias. Cantaban á las miradas de los campesinos la creación del mundo, las delicias del paraíso terrestre, los ríos, los árboles, los leones, los corderos, los pájaros compañeros del hombre, los milagros de la revelación, los suplicios del Calvario, los martirios del circo, las resurrecciones de las víctimas de la nueva fe, los cielos abiertos, el Padre Eterno, el Hijo, verbo y misericordia del Padre, el Espíritu, bajo la forma de la paloma que vuela del uno al otro para construir la unidad y que esparce desde su pecho rayos que siembran por todas partes la luz y el amor; en fin, las almas felices, figuradas por innumerables rostros alados, que forman círculos semejantes á las estrellas escalonadas en el firmamento y

que gozan el reflejo divino en la morada del Padre.

Bernardo de Palissy, para hacerse capaz del arte que habia adeptado, aprovechó horas de la noche y lo superfluo de su salario para instruirse en todas las ciencias del cálculo y de la mecánica que tenían relación con su oficio. Su espíritu, á la vez ardiente é infatigable, se formó al mismo tiempo que sus dedos. Aprendió rápidamente la geometría, el dibujo, la pintura y escultura elemental. Los asuntos de sus dibujos le llevaron pronto á los libros sagrados y los libros profanos, hojeados para buscar en ellos escenas, cuadros, alegorías. Se hizo, sin notarlo, literato, poeta, teólogo, filósofo, político. Estudiando un solo oficio, con la pasión de perfeccionarlo hasta donde pudiera, no dejó nada que no tocara: no quería formar en sí mismo más que un artesano, y formó un hombre. Es carácter de todo verdadero genio aspirar siempre á ser universal: los supuestos límites que separan á un oficio de otro son límites del pensamiento. El genio los atraviesa casi siempre para llegar á lo infinito, verdadero campo del espíritu humano. El este infinito se contiene el todo y se completa todo. En universo no es más que un arte inmenso que esculpe, que dibuja, que pinta, que escribe, que canta, que revela lo bello, es decir, Dios. Así comprendió Palissy el suyo. Al fin de sus días daba forma á su idea en su espíritu, así como cuando era joven la daba á la arcilla en sus manos; y su estilo, modelado sobre la naturaleza, no tenía menos colores, ni menos relieve, ni menos colores, ni menos vigor y gracia que sus grupos ó sus cuadros. Haciéndose alfarero se habia hecho poeta y escritor.

Un instinto desconocido conduce al niño de genio y al artesano que ambiciona la perfección á dejar

su país natal y viajar. Creen, sin duda, así el uno como el otro, que encontrarán más allá de su horizonte material otro horizonte moral en que se les aparecerán cosas desconocidas. El cambio de sitios satisface la inquietud natural del alma, que busca un no sé qué más perfecto; y además cada ciudad y cada país se incorporan, por decirlo así, más especialmente una parte distinta del arte de la industria, de los oficios del hombre. Aquí se forja mejor el hierro, allí se hace mejor el cobre, en el Mediodía la seda, en el Norte el lino, en el Oeste las lanas, en los Pirineos el cristal, en Lyon las fábricas. El clima, las producciones, las costumbres de las localidades se prestan más ó ménos á cada una de estas industrias humanas; el hijo conserva el secreto de su padre, el arte se localiza, y el que quiera alcanzar su perfección debe ir á estudiarlo en su sitio respectivo. De aquí la costumbre de dar una vuelta por el mundo ó dar una vuelta por Francia, que ha hecho desde Homero y Pitágoras que cuando un trabajador de cualquier oficio empieza la vida de filósofo, de poeta y de artesano, se dé á sí mismo, de ciudades en ciudades y de pueblos en pueblos, el espectáculo del mundo ántes de darse á sí mismo en espectáculo y como modelo á su arte.

Bernardo de Palissy fué á trabajar de ciudades en ciudades hasta Tarbes, situada en un llano enfrente de los Pirineos, y en donde florecia entónces la pintura sobre cristal. Pronto, encantado por la escena pintoresca que tenía á la vista, se sintió pintor al aspecto de aquel cuadro de la naturaleza; dejó para otro tiempo la arcilla y el cristal, y recorrió las gargantas y las cimas de aquellas montañas en que el artista supremo parece que ha formado juegos con odas las cambres, todos los valles,

todas las fuerzas y todas las gracias de la creación.

Si Bernardo de Palissy no era más que un trabajador al entrar en el laberinto de los Pirineos, salió de él pintor y poeta. Se fastidió de la uniformidad del taller de Tarbes, y viajando como dibujante y trazador de imágenes, ganó así su vida perfeccionando su mano y dando ensanche á sus ideas. Recorrió pintando todas las provincias de Francia, desde Marsella á Flándes y las orillas de Rhin; sus correrías por las montañas de los Pirineos y de los Alpes y la particular atención que dedicaba á las diferentes cualidades de la tierra, de las rocas, de las arenas, de las aguas, para hacer aplicación de todo á su primera profesión, le habían hecho naturalista.

Empleaba sus ocios en examinar el lecho de los manantiales, en sorprender en sus juncos y en las elevadas hierbas acuáticas los reptiles, los escarabajos, los insectos que pueblan las orillas de los arroyos, en ascender por las montañas, en penetrar en las gargantas inaccesibles y en las cavernas para espiar en ellas los secretos de Dios. Los vastos horizontes que se descubren desde los sitios elevados, los límites variados del cielo, la vida de las hojas, de los prados, se pintaban y se incrustaban deliciosamente en sus ojos para reproducirse más adelante bajo su mano. Hijo solitario de la naturaleza, ésta era su maestro y su paleta al mismo tiempo. Se embriagaba con el éxtasis, con la verdad, con el candor de sus impresiones, y de esta falta de maestro en este comercio de Palissy con la naturaleza, debía brotar un arte nuevo.

Pero si un instinto aleja en la primera juventud de su país al trabajador, otro instinto le vuelve á él cuando ya ha visto lo que tenía que ver. Aunque el

hombre sea un sér nómada, tiene, sin embargo, como el árbol, raíces invisibles en el corazón y en la memoria, que le retienen en su cuna ó le hacen volver á ella. Estas raíces son los recuerdos, las ternuras, los pesares, los disgustos, las gratitudes que ligan al hombre al tronco que se llama familia y patria. Allí está el suelo que le alimenta; allí recuerda un padre, una madre, hermanos, hermanas, compañeros de infancia, rostros, voces, sonrisas que ha amado ántes de recorrer el mundo, y que nada ha podido borrar de su memoria. Estos sueños del viajero y del obrero concluyen por ser una enfermedad dulce de su pensamiento, cuya curación no está para él sino en el país de sus amores; le atraen sin que lo note y por un círculo cada vez más estrecho hácia la aldea ó la casa de su nacimiento. Concluye por volver á ella y por dar descanso á su corazón. Este deseo es tanto más sensible, cuanto más sensible el hombre que lo experimenta. Las imágenes se convierten en pasiones en el alma de los poetas ó de los artistas.

Palissy había llevado de su país natal, al partir para dar su vuelta por Francia, una de esas imágenes vivas que le llamaban á la patria. Su alma recogida, religiosa, no era de las que dejan evaporar una primera flor de amor al viento del mundo. Se casó y fundó una familia sobre escasos bienes, sobre un trabajo asiduo.

Esta felicidad fué en aquellos primeros años de descanso la distracción de su genio. El hombre que posee lo que ama, olvida fácilmente la gloria. La ambición no es más que el vacío; un corazón lleno no se agita. Pero los hijos fueron tan numerosos, que los años y la ambición muertos en él renacían para ellos y con ellos. Era preciso atender á las ne-

cesidades de una vida que se multiplicaba en otras tantas vidas como hijos tenía alrededor de su mesa y como ancianos había en torno de su hogar. Trató primeramente de atender á ella empleándose como geómetra en la medición de tierra de la Santonge, en servicio de los hombres del fisco, que iban en nombre del rey á poner límites y medir las herencias para los impuestos. Este trabajo no le separaba del objeto de su constante estudio: la tierra. Al medir sondeaba la arcilla, pesaba la arena, pulverizaba el pedernal, meditaba esas mezclas y esas combinaciones de elementos propias para producir los descubrimientos fortuitos de materia, de pasta, de color, de barniz que agitaban su pensamiento desde su primera edad. Un fragmento de alfarería de Lucadella Robia que había recogido en las barreduras de alguna quinta durante sus viajes, hacía trabajar su espíritu como la manzana al caer del árbol hizo trabajar el de Newton; como la rama florecida, flotando sobre el Océano, hizo que los primeros navegantes, compañeros de Cristóbal Colón, presagiaran un nuevo continente.

Cansado del oficio lucrativo, pero temporal y estéril de agrimensor, volvió á su casa y al lado de su mujer, decidido á intentarlo todo por ella y por sus queridos hijos: y á inventar ó morir en el trabajo. Débese leer en sus mismas páginas, apasionadas con la fiebre de su amor y de su voluntad, la relación de sus meditaciones, de sus días y de sus vigili-  
as, de aquel periodo de vida comparable con los dolores de un parto.

## IV.

«¡Ah!—dice en su libro titulado *Del arte de la tierra*—es verdad que no tenía muchos bienes; pero tenía fama de trazar bien los planos y me llamaban para dibujarlos en las particiones y en los pleitos. Sabía algo en el arte de vidriería, y no me dediqué al arte de la tierra hasta después de haber ganado bastante para vivir algún tiempo sin trabajar. Pasé muchos disgustos y pobreza antes de conseguirlo, cargado como estaba de mujer é hijos. No tuve medios para ir á aprender dicho arte en ningún taller, ni para sostener ningún criado que me ayudara... Hace veinticinco años me fué presentada una copa de tierra, torneada y esmaltada, de tal belleza, que desde entónces entré en disputa con mi propia imaginación para encontrar un esmalte, y me dediqué á buscar los esmaltes sin saber de qué materias se componían, como hombre que anda á tientas.

»Reunía todos los materiales que se me ocurrían, y después de reunirlos compraba una cantidad de vasijas de tierra, y después de haberlas hecho pedazos los frotaba con los materiales que había preparado; apuntaba en la memoria las drogas que empleaba en cada ensayo, y después de hacer un horno según mi idea, cocía en él dichos trozos para ver si mis drogas podían dar algún color. Pero como no había visto nunca cocer tierra, no conseguía nada, aunque mis combinaciones fuesen buenas, porque unas veces habían cocido demasiado, otras muy poco... Y viéndome así chasqueado con repetición con grandes gastos y trabajos, volvía todos los días á reunir y preparar nuevos materiales y á construir

nuevos hornos con gran gasto de dinero y consumo de combustible y de tiempo.

»...Después de vacilar y andar así á tientas varios años con tanta imprudencia, con tristeza y suspiros, compré nuevamente vasijas de tierra, y habiéndolas roto en pedazos, cubrí trescientos ó cuatrocientos con ensayos de esmalte y los llevé á una alfarería que estaba legua y media de mi residencia, suplicando á los alfareros que me permitiesen cocer aquellas pruebas.

»Dios quiso que empezase así á perder valor, y para la última tentativa, habiendo llevado conmigo un hombre cargado con más de trescientas pruebas, resultó que una de estas pruebas se fundió antes de las cuatro horas después de haber sido introducidas en el horno, lo cual me causó tal alegría que creí haberme transformado en otro hombre y pensé haber alcanzado la perfección en el esmalte blanco. Pero aquella prueba, si había sido muy afortunada por una parte, era por otra muy desgraciada: feliz porque me dió entrada á lo que he llegado á ser, é infeliz porque no había sido hecha en dosis ó proporción suficiente. Fuí tan torpe entonces, que en cuanto hubo hecho dicho blanco, que era muy hermoso, me dediqué á hacer vasijas de tierra como si jamás las hubiera visto, y después de emplear siete ú ocho meses en hacerlas, trabajé en construir un horno como el de los vidrieros; en cuya fabricación pasé indecibles trabajos, pues necesitaba hacer por mí mismo los ladrillos y preparar la cal y conducirlo todo sobre mis espaldas, pues no tenía medios para pagar á ningún hombre que me ayudase en esta tarea.

«Hice cocer las basijas por primera vez; pero al querer darles la segunda cocción tuve pesares y



trabajos tales, que nadie querrá creerlos. Porque en vez de descansar de las pesadas fatigas, tuve que trabajar más de un mes para preparar las materias con que había confeccionado el expresado blanco, y luego que las tenía preparadas, cubría con ellas las vasijas que había hecho. Después de esto las puse al fuego en mi horno de dos bocas, como había visto hacer á los vidrieros; pero esto es muy desfavorable para mí, pues aunque estuve seis días y seis noches delante del horno sin dejar de quemar leña por sus dos bocas, no me fué posible hacer fundirse el esmalte, y estaba como un hombre desesperado, y aunque agobiado por el trabajo, comprendí que en mi esmalte había poca materia de la que hace fundir las demas, y empecé á recoger y moler dicha materia sin dejar enfriar mi horno. De este modo tenía doble trabajo, moler y calentar el horno.

»Luego que tuve compuesto mi esmalte me ví obligado á ir nuevamente á comprar pucheros para experimentarlo, pues había perdido todos los que había hecho, y habiéndolos cubierto con el esmalte los metí en el horno, continuando fuerte el fuego. Pero sobrevino otra desgracia que me hizo penar mucho, y es que, habiéndoseme concluido la leña, me ví precisado á quemar los palos que sostenían las plantas de mi jardín, y después de quemados éstos tuve que quemar las mesas y el piso de la casa para hacer fundirse la segunda composición. Sentía tal angustia que no la puedo describir, pues estaba yerto y seco á causa del trabajo y del calor del horno; hacia más de un mes que no me mudaba la camisa. Además, para consolarme se burlaban de mí, y hasta los que debían socorrerme iban á decir por la población que estaba quemando las tablas de

la casa, y de este modo me hacían perder mi crédito y me juzgaban loco.

»Otros decían que yo trataba de hacer moneda falsa, lo cual me hacía estremecer, é iba por las calles con la cabeza baja como un hombre malvado. Tenía deudos en diferentes sitios y mantenía por lo ordinario dos hijos en casa de sus nodrizas por no poder pagar sus salarios. Nadie me socorría, sino al contrario, se burlaban de mí, diciendo: «Debe morir de hambre, porque abandona su oficio.» Todas estas cosas llegaban á mis oídos cuando iba por la calle.

»Sin embargo, me quedó todavía alguna esperanza, que me animaba y sostenía, porque las últimas pruebas habían salido bastante bien, y por esto pensaba saber ya bastante para ganar la vida, de lo cual me hallaba aún muy distante, como verás más adelante; y no te debe molestar que sea un poco largo, pues quiero llamar tu atención hácia cosas que te podrán servir.

»Luego que hube descansado algun tiempo, con sentimiento porque nadie tenía piedad de mí, dije á mi alma: «¿Por qué estás triste, si has encontrado lo que buscabas? Trabaja ahora, y avergonzarás á tus detractores.» Pero mi alma podía contestarme: «No tienes nada para proseguir tu tarea; ¿cómo podrás mantener á tu familia y comprar lo necesario para pasar cuatro ó cinco meses que necesitas pasar antes de poder disfrutar de tu felicidad?» Por esto me hallaba en tal tristeza y abatimiento; pero la esperanza me dió algun valor, y habiendo considerado que habría sido demasiado prolijo hacer toda una hornada por mí mismo, para abreviar y ganar tiempo, y para hacer aparecer de repente el secreto que había encontrado del esmalte blanco, tomé un

alfarero cualquiera, le ocupé en hacer vasijas, según mi idea, y mientras él hacía esto, yo me entretenía con algunas medallas. Mas sucedía una cosa lamentable; porque estaba precisado á mantener á dicho alfarero en un meson, de fiado, por no tener medios en mi casa. Despues de trabajar por espacio de seis meses, y cuando hubo que cocer lo hecho, tuve que construir un horno y despedir al alfarero, al que, á falta de dinero, me encontré en la necesidad de darle vestidos míos por su salario.

»Y como no tenia materiales para mi horno, emprendí deshacer el que habia hecho á imitacion del de los vidrieros, para servirme de sus fragmentos. Mas como este horno habia sido tan fuertemente calentado por espacio de seis dias y noches, la cal y el ladrillo se hacian liquidado y vitrificado de tal modo, que al deshacerlo me corté los dedos por mil partes y tuve que comer mi potaje con los dedos envueltos en trapos. Cuando tuve deshecho el horno empecé el otro, que no construí sin gran trabajo, pues tenía que buscar la cal y la piedra sin auxilio de nadie y sin ningun descanso.

»Despues hice cocer en primera coccion las obras trabajadas, y prestados ó de otros modos encontré materiales para los esmaltes con que habia de cubrirlas. Y entónces empecé un trabajo que pudo costarme caro, pues despues que por espacio de muchos dias estuve preparando y calcinando dicho material, lo molí sin ayuda de nadie en un molino de mano que se necesitaban ordinariamente dos hombres de fuerza para moverlo. El deseo que tenía de llegar á conseguir mi objeto me hacía hacer cosas que habria en otro caso creído imposibles.

»Cuando los colores estuvieron molidos, cubrí

con su esmalte todas mis vasijas y medallas; despues, habiéndolo puesto y arreglado todo dentro del horno, empecé á encender fuego, esperando que la hornada me produciria trescientas ó cuatrocientas libras. Continué avivando el fuego hasta que tuvo indicio y esperanza de que los esmaltes se habian fundido y mi hornada iba bien. Al dia siguiente, cuando fué á sacar mi obra, despues de quitar el fuego, mis tristezas y mis dolores se aumentaron tan abundantemente que perdí todo tino. Pues aunque mis esmaltes fueran buenos y mi trabajo tambien bueno, habia ocurrido un accidente que lo habia echado á perder todo; y á fin de que lo precavas te lo diré, y despues te diré otros muchos para que mis pérdidas sean ganancias para tí. La mezcla de cal y arena con que habia amasado el material de mi horno estaba llena de guijarros que al sentir la vehemencia del fuego, se rompieron en muchos pedazos, los cuales saltaban contra mi esmalte, que ya se habia liquidado, y se impregnó con aquellos pedazos, y los unió en todas las partes de mis vasijas y medallas, que á no ser por esto habrian quedado bien.

»Quedé tan entristecido como no te puedo describir; y no sin causa, pues mi hornada me costaba más de ciento veinte escudos. Habia tomado prestada la leña y los materiales, y tambien parte de mis alimentos, esperando pagar á mis acreedores con el dinero procedente de las piezas de aquella hornada, lo que fué causa de que muchos acudieran desde por la mañana cuando empezaba á sacar del horno: así fué grande mi vergüenza y confusión. Porque todas las piezas estaban sembradas de trozos pequeños de guijarros, que se habian adherido con tal fuerza al esmalte, que cuando se les pasa-

han las manos por encima cortaban como navajas de afeitar; y aunque el trabajo había quedado perdido de aquel modo, algunos querían, sin embargo, comprar lo cocido á bajo precio. Pero como hubiese sido para mí un desercido, hice pedazos todo la hornada y me acosté lleno de tristeza, pues no tenía medios para mantener á mi familia. No había para mí en mi casa más que reconvenções; en vez de consolarme me dirigian maldiciones: mis vecinos, que se habían enterado de todo, decían que estaba loco, y que habría sacado más de ocho francos de lo que había roto. Y todo esto aumentaba mis penas.

«Después de estar algun tiempo en cama y de considerar que el deber de un hombre que se hubiera caído en un pozo sería tratar de levantarse, me dediqué á hacer algunos dibujos, y por varios medios y con trabajo recobré un poco de dinero: después me dije á mí mismo que todas mis pérdidas y azares habían pasado, y que no había ya nada que pudiera impedirme hacer buenas piezas, y me puse como ántes á trabajar en el mismo arte.

«Hice que algunos alfareros me construyeran gran número de vasijas, á propósito para encerrar dentro de ellas las mías cuando las metía en el horno: la invención resultó bien y me ha servido hasta hoy. Pero tenía tan poca experiencia, que no podía distinguir cuándo cocía poco ó demasiado: cuando lograba evitar un peligro, me encontraba con otro en que no había pensado nunca. Por fin, encontré medio de hacer algunas vasijas de diferentes esmaltes, entremezclados en forma de jaspe; esto me dió para comer por algun tiempo. Pero después de hacer cierto número de cacharros y de haberlos hecho cocer, mis esmaltes se encontraban tan her-

mosos los unos y bien fundidos, y los otros tan mal, á causa de que estaban compuestos de diferentes materias, que necesitaban para fundirse diversos grados de calor: el verde de los lagartos estaba quemado ántes de que se fundiera el color de las serpientes; el color de las serpientes, tortugas y cangrejos se fundía ántes de que el blanco recibiera ningun brillo.

«Todas estas faltas me han causado tanto trabajo y tanta tristeza, que ántes de lograr que mis esmaltes se fundieran con un mismo grado de fuego, estuve hasta en las puertas de sepulcro: trabajando en aquellas tareas me encontré con que había trascorrido por mí el espacio de diez años, haciendo tal estrago en mi persona, que no tenía forma ni apariencia de carnes en los brazos ni piernas; mis piernas habían quedado tan iguales de arriba á bajo, que las ligas con que sujetaba mis medias caían en cuanto andaba algo sobre los talones con los restos de mi calzado. Iba á menudo á pasearme por la pradera de Xaintes, reflexionando sobre mis miserias y disgustos. En mi misma casa no podía hacer nada que fuese guzgado bueno. Era despreciado por todos, y todos se burlaban de mí. Sin embargo, seguía haciendo algunas vasijas de diferentes colores que me producian para vivir. La esperanza que tenía me hacía proceder en mi tarea con tanto vigor, que muchas veces, para conversar con las personas que iban á verme, hacía esfuerzos por reirme, aunque interiormente estaba muy triste...

«Pasaba todas las noches expuesto á las lluvias y á los vientos, sin tener auxilio ni consuelo sino el de los gallos que cantaban por una parte, y los perros que aullaban por la otra; á veces estallaban vientos y tempestades, que soplaban de tal modo

sobre mis hornos, que me veía obligado á dejarlo todo, con pérdida de mi trabajo. Y me sucedió muchas veces que dejándolo todo y yendo enteramente mojado á causa de las lluvias que habian caído sobre mí, me retiraba á acostarme á media noche ó al rayar el día, sucio como un hombre á quien se hubiera arrastrado por todos los basureros de la población, y andando á tientas y tropezando como un hombre que estuviera borracho, y lleno de tristeza por ver que despues de trabajar tanto se habia perdido mi trabajo. Y al retirarme así sucio y mojado, encontraba en mi habitacion otra persecucion peor que la primera: ahora me maravillo de no haber sido consumido por la tristeza.»

## V.

« Dios y el arte, que quieren ser vencidos, el uno por la paciencia del hombre, el otro por el trabajo, le cedieron al fin, á una edad ya avanzada, la victoria. Su nombre se extendió con sus obras, y el precio de sus libras de tierra esmaltada y de sus esculturas de arcilla, volvió á levantar su casa y su familia. La gloria y la fortuna visitaron á un mismo tiempo, aunque tarde, sus hornos. Sus obras, al principio imperfectas, pero en las que se sentía el vigor de un nuevo arte, producto de sí mismo y no de ninguna rutina, adornaron las quintas y los palacios. Paris, á donde Catalina de Médicis habia llamado al genio y á las artes, le atraía como habia atraído á los grandes escultores de aquel siglo, Juan Cousin, German Pilon y Juan Goujon, todos de las familias de Rafael y Miguel Angel. Los grandes le acogieron, los pequeños le envidiaron, el mariscal

de Montmorency le protegió: Catalina de Médicis le dió un local para sus hornos en una parte del solar que ocupa hoy el palacio de las Tullerías, é iba á verle trabajar á ejemplo de los príncipes de su familia en Florencia, que vivían en el taller y en familiaridad con los artistas, que son los príncipes de la naturaleza, del trabajo y del genio.

En aquella época feliz y honrada de su vida fué cuando hizo sus innumerables obras maestras de alfarería en relieves, y de vasijas adornadas con figuras de animales, reptiles, insectos, escarabajos, plantas y flores, que despues de haber estado tres siglos sumidas en las catacumbas domésticas de las casas ricas, vuelven á salir hoy de ellas á precio de oro, como tesoros de dibujo y de gracia, para ser colocadas en los museos de los palacios y en los aparadores de los hombres opulentos, que ennoblecen la riqueza haciendo de sus casas los archivos del arte.

Una sala del Louvre está dedicada casi entera á las minuciosas maravillas de Palissy. La cercanía de los lienzos de Rafael y de los mármoles de Miguel Angel no oscurece la gloria del alfarero. El espectador se detiene, atraído por la suavidad y la verdad de los dibujos de las vasijas esculpidas ó de las culebras en relieve, con sus espirales de escamas que hacen crispas los dedos, que atraen por la belleza del colorido y que rechazan por la verdad y exactitud de lo representado. Al lado de la culebra dormida, que descansa su cabeza doblando el cuello sobre los anillos de su cola, se ve al negro cangrejo, que es la araña del agua, extender sus largas sierras como para hincarlas en los escollos é incrustarse en los costados de la roca. A su lado los pescados argentados, con las bocas abiertas, lanzán-

dose como por resorte á través de los juncos, con un pequeño estremecimiento de su cola, timon de aquella nave viva. La rana, contrayendo sus miembros elásticos, se tiñe de verde para confundirse con las plantas que crecen al lado del arroyo; abre sus grandes ojos, levanta la cabeza y parece pronta á huir para librarse de la culebra. Sobre los costados del artefacto, lagartos con patas extendidas y larga cola sinuosa, como los laberintos de plantas entre que se deslizan, inclinan la cabeza para escuchar el ruido de la hierba ó de los granos de arena. El fondo del agua y de los bordes están tapizados de musgo húmedo ó de anchas hojas de hierbas acuáticas, aplastadas sobre el suelo por el peso de las gotas de rocío, cuya transparencia se refleja sobre su barniz.

Es esto el mundo sub-fluvial de las aguas, sorprendido por la mirada del hombre, separando las hojas, los tallos, los juncos de los pantanos, y trasladado sobre la arcilla; tan exacto en las formas, tan matizado en las escamas, tan brillante de colores, como si una aldeana, al lavar su aparador, hubiera sumido una de sus tablas en el lavadero y la hubiera vuelto á sacar llena de arena, de conchas, de restos de hierbas y de animales acuáticos. La red de un pescador vaciada, palpitando y corriendo todavía sobre la arena y trasvasada á la arcilla, esto son las vasijas de Palissy.

A veces esculpe y pinta, en grupos coloreados, escenas de la historia, de la fábula, de la Biblia ó del Evangelio; á veces escenas sencillas de la vida del campo; la nodriza que da su seno y sonríe al niño, embriagado y regocijado por el manantial vivo de toda la vida; ora la Venus jugando con los Amores; ora una jóven que ha sorprendido la cama

de unos perritos y los lleva en su delantal para hacerlos admirar; sus cabecitas admiradas salen por arriba del lienzo, y la madre, tierna, inquieta, muerde, siguiendo á su hijos, los pliegues del vestido de la jóven. Pero ésta la mira y tranquiliza con una sonrisa.

Las obras maestras de Palissy, que llegó á ser artista consumado por la contemplacion de los grandes cuadros y de los grandes mármoles durante su residencia en Paris, en tiempo de Catalina de Médicis, adornan los museos domésticos del príncipe Soltikof en Paris, de Mr. Rothschild en Lóndres, de Mr. Souvageot, de Mr. Rallier y de Mr. Selliers, que ha tributado un culto especial á la memoria de aquel gran artista y ha hecho de su casa un museo de sus obras. En el palacio de Mello, propio de Mr. Selliers, es donde se admira la gran taza de los elementos, en que la tierra ha imitado las delicadezas del metal; el combate de los centauros y de los lapitas, monumento único del taller de Palissy; el relieve de Perseo y Andrómaca, el de la mujer adúltera, el de la vendimia y el de los platos festoneados de arabescos, cuyos bordes esmaltan y parece que perfuman margaritas en flor, divisa elocuente de algun amor real ó caballeresco inspirado al artista. Es bello ver la pasion desinteresada del arte en los hombres opulentos, y cómo pagan precios enormes por pedazos de tierra cocida, que conservan únicamente la huella de los dedos de un pobre artesano. El oficio se convierte así en oro, y el oro se convierte en arte, con gloria del hombre de gusto y con provecho para el trabajador; cambio mutuo entre el lujo y el trabajo y la fortuna, que los ennoblece á los dos.

## VI.

Pero aquella gloria, aquel favor de las cortes, aquella popularidad de sus obras en toda la Francia y hasta en España é Italia; aquella fortuna, descanso de su ancianidad y herencia de sus hijos, no satisfacian al obrero. Sentia que tenia dentro de sí mismo otra cosa que formar: su alma. Como Sócrates, estatuario en mármol, se esforzaba por tallar en sí mismo su propia estatua, por la semejanza con el divino modelo de toda perfeccion, por la santidad de su vida, y si era necesario, por el martirio. La vida inmortal, á medida que avanzaba en años, le ocupaba más que la vida mortal.

Desde su infancia y durante todo el curso de su aprendizaje, de sus viajes y de sus luchas cuerpo á cuerpo con la tierra, la pasion de Dios le habia conducido, sostenido y consolado. Satisfacia esta pasion en la soledad de los bosques, sobre la cima de las montañas y en las playas de los mares. Ella le hacia buscar los sitios desiertos para abismarse más en silencio en la contemplacion de las formas y de la vida de las rocas, de la estructura y de la vegetacion de las plantas, de la organizacion y de las costumbres de los animales... En este punto sabe secretos maravillosos para gloria de aquel á quien llama el gran mecánico, el gran constructor, el gran animador de los mundos. Esta contemplacion piadosa y apasionada de las cosas de la tierra debia conducir necesariamente á un alma tan completa á la adivinacion de las cosas del cielo. Todo verdadero genio sub sin cesar, y subiendo encuentra á Dios.

Palissy creia haberle encontrado y vivia en un perpétuo comercio con el espíritu invisible, único que le daba cuenta de las cosas visibles. En aquella época la Reforma, nacida de los abusos introducidos por los Médicis en la Iglesia católica, preludiaba la libertad de pensar, aunque queriendo permanecer fiel al dogma principal del cristianismo, y la fe de autoridad y la fe de raciocinio luchaban con el hierro y el fuego, la una por conservar, la otra por conquistar el mundo de las almas. La familia de los Palissy, y él mismo, eran de la religion reformada, y sufrían las persecuciones de la religion dominante. Hay en el hombre una tiranía natural: cuando no puede tiranizar en nombre de los príncipes, quiere tiranizar en nombre de Dios. No aprende á respetar la libertad ajena sino despues de haber sufrido mil veces en la suya. Los predicadores del culto nuevo en las provincias del Mediodía y del Oeste eran tratados como bestias feroces, y adoptaban diferentes disfraces y oficios para ocultar el suyo de cosechadores de almas, espíados, aprisionados, encerrados y conducidos de ciudades en ciudades para acabar en ser quemados: preludio siniestro de la San Bartolomé.

Rasgos sublimes de fe, de resignacion y de esperanza señalaron aquella persecucion. Uno, escapado de su prision la víspera de su suplicio y viendo que no era seguido por sus compañeros de cautiverio, menos diestros que él, volvía á entrar para consolarlos hasta la última hora. Otro, en la madrugada del día de su muerte, despertaba á su amigo, acostado sobre la misma paja, y mostrándole con la mano una espléndida aurora de esto sobre el horizonte, le decía: «Regocijémonos. Si el espectáculo de la naturaleza y de la luz renaciendo es tan her-

moso sobre la tierra, ¿qué será mañana, cuando veremos tantos pabellones eternos!»

Los más afortunados se refugiaban á los escollos y á las islas de las costas de Sain'onge, é iban á través de las tempestades y desafiando la muerte, á llevar la palabra evangélica á sus correligionarios.

Palissy, que se alimentaba con sus doctrinas, describe con admiracion su celo é intrepidez.

«Aquellos ancianos—dice—no llevaban espada en su cintura, sinoun solo baston sencillo en su mano, é iban así solos y sin temor, segun la palabra del Maestro: «Anunciaréis mi ley al ir, al venir, al comer, al beber, acostados, levantados, sentados al »borde de los caminos.» Llevaban su alimento en su camisa, porque habia pocos ricos en nuestra congregacion y no teníamos con qué pagar su salario.»

«Los pintores, relojeros, dibujantes, carpinteros, libreros, impresores,—dice un autor católico de aquel tiempo,—y todos los demas que en sus humildes oficios tienen, sin embargo, algun ejercicio de espíritu, fueron los primeros en adoptar las ideas nuevas.»

El alma poética y musical de Palissy estaba muy seducida por la poesia y por el canto de los Salmos que los predicadores enseñaban al pueblo de los campos. «Al escucharlos—dice—me parecia estar paseando á lo largo de las arboledas de hayas y de fresnos que ocultan el cauce de las aguas de los arroyos, y que oia murmurar las aguas del que corría al pié de las mismas arboledas, y por otra parte oia la voz de los pajaritos que estaban en las ramas, y me acordaba del salmo 104, sobre cuyo plan habia dibujado un jardin, y en el que el Pro-

feta dice que «los arroyos pasan y murmuran por »los valles;» y más adelante, «que los pájaros hacen »resonar su voz sobre los arbustos plantados en el »borde de las aguas corrientes.» Me parecia además oír la voz de muchas vírgenes que guardaban sus rebaños, y de los pastores que tocaban melodiosamente sus flautas.»

Pero en seguida describe la persecucion religiosa y política que disipa aquellos rebaños. «Me retiré secretamente á mi casa—dice—por no ver las matanzas, las apostasias, los saqueos de las ciudades y campos; pero en dos meses que estuve en ella, creí que el infierno se habia desbordado y que todos los demonios habian salido de él para asolar la tierra. Desde mi casa veia á los soldados corriendo por las calles, con la espada desnuda, gritando: «¿En dónde están?...» Hasta los niños se reian en una plaza que yo veia desde la casa en que trabajaba en mi oficio de alfarero; imitaban las blasfemias, las batallas y las matanzas de los hombres. A veces sentia deseos de tomar venganza; pero recibia en mi corazon el salmo de misericordia.»

## VII.

Palissy regresó á Paris huyendo de aquellos espectáculos: su genio le preservó de la matanza del San Bartolomé, y tal vez tambien la humildad de su condicion y la dulzura de su carácter. Juan Goujon, el Miguel Angel de la Francia, más envidiado porque era más célebre, fué atacado sobre su andamio de escultor, trabajando en las cariátides del Louvre; cayó con su cincel en la mano al pié de la estatua á que daba su vida. Las protecciones de la corte